

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Cuerpos: de la disciplina a la disidencia.

Hernando, María Sol.

Cita:

Hernando, María Sol (2020). *Cuerpos: de la disciplina a la disidencia*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/155>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/ooZ>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CUERPOS: DE LA DISCIPLINA A LA DISIDENCIA

Hernando, María Sol
Hospital Ramos Mejía. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Este escrito intenta exponer cómo los distintos dispositivos de poder se articulan directamente sobre nuestros cuerpos, produciendo nociones de corporalidades propias e impropias, domesticando y regimentando la normalidad, el atractivo e incluso el deseo. Entender el cuerpo como un espacio donde se traman las relaciones sociales en términos de construcción histórica, cuyo disciplinamiento resulta entonces un poderoso instrumento de control y de poder. Asimismo cuestionar las nociones establecidas de salud y patología en torno a la estética de los cuerpos, y convocar a la reflexión acerca del rechazo a los cuerpos no hegemónicos.

Palabras clave

Cuerpos gordos - Disciplina - Disidencia - Dispositivos de poder

ABSTRACT

BODIES: FROM DISCIPLINE TO DISENT

This writing tries to expose how the different power devices are articulated directly on our bodies, producing notions of proper and improper corporalities, domesticating and regulating normality, attractiveness and even desire. Understanding the body as a space where social relations are plotted in terms of historical construction, whose discipline is then a powerful instrument of control and power. Also question the established notions of health and pathology around the aesthetics of the bodies, and call for reflection on the rejection of non-hegemonic bodies.

Keywords

Fat bodies - Discipline - Dissent - Power devices

Está gorda. Hechó panza. Se emballenó. Trafica tortas. No le afloja a los sanguchitos. Parece embarazada. Qué descuidado está. Amigo de la fiaca. Prefiero loco que gordo. Es linda de cara. Cuántas calorías tiene esto. La banana engorda. La gaseosa hincha. No llego al verano. Tengo celulitis. Estás más linda, más flaca.

Probablemente estas frases les resulten familiares, las hayan escuchado en más de una oportunidad, o incluso las hayan pronunciado. Ninguna de ellas surge como generación espontánea, sino que se desprenden de un entramado cultural que fomenta, avala y reproduce la estigmatización de los cuerpos disidentes. Entonces me pregunto ¿Cómo pensamos los cuerpos? ¿Cómo nos vemos? ¿Cómo vemos a los demás? ¿Qué implicancias tiene en nuestro imaginario social ser o estar gordo o gorda?

¿Sobre qué arquitectura histórica, social y cultural construimos la visión de nuestros cuerpos y la de los otros? ¿Cómo eso se traduce esto en nuestra práctica clínica? ¿Cuáles son los dispositivos que producen corporalidades inapropiadas?

A partir de esta serie de interrogantes, surgidos algunos en el marco de mi práctica y mi formación como residente de Psiquiatría, y otros desde mi experiencia del mundo desde una corporalidad no hegemónica, es que decido ponerme a escribir este trabajo. Porque me hace ruido, porque se mueve en mí algo nuevo cada vez que escucho una de estas frases. Porque no entiendo de dónde viene esta pulsión de delgadez, cómo se construye esa tensión permanente en el vínculo con el cuerpo propio, cómo hacer para desarmarla, para no seguir aportando al sostenimiento de la estigmatización de los cuerpos en torno cuánto lugar ocupen en el espacio.

Y también porque me parece necesario el ejercicio reflexivo y cuestionador de lo que está establecido, difundido y aceptado si es que su matriz normalizadora decanta en el padecimiento de un otro que no encaja. ¿No es acaso lo que nos convoca diariamente? ¿Identificar y ayudar a aliviar el padecimiento de quienes nos consultan?

En esta línea, el propósito del presente escrito es intentar develar cómo los dispositivos de poder se articulan directamente en el cuerpo, en situaciones, procesos fisiológicos, gustos, emociones, elecciones, etc. La coexistencia de fenómenos aparentemente tan separados como la estética, la medicina, la publicidad, el cine, por nombrar algunos, y su influencia en las normas culturales que promueven el consumismo y la búsqueda del atractivo físico, me han instado a cuestionar, al menos en teoría, el carácter natural de la vida sana, bella, o saludable.

Para comprender nuestra sociedad y cómo las concepciones de belleza física y de consumo surgen como problemáticas importantes e influyentes, hay que hacer visible y analizar los discursos y las relaciones de saber/poder que en ella están inmersas. Puesto que las relaciones, las estrategias y las tecnologías del poder nos atraviesan y producen saberes y verdades que le son útiles a través de un proceso de naturalización que se va volviendo cada vez más invisible.

A lo largo de las próximas páginas, y a partir de la lectura e investigación de material proveniente de los distintos campos que han contribuido a pensar las corporalidades a través del tiempo, intentaré exponer cómo los dispositivos de poder se articulan directamente sobre nuestros cuerpos, produciendo nociones de corporalidades propias e impropias, domesticando y regimentando la normalidad, el atractivo e incluso el deseo.

Foucault y las disciplinas

El cuerpo ha sido abordado desde diversas concepciones y disciplinas a lo largo de la historia. Como lugar de estudio, como recipiente y protector del alma, como fuente de saber, como valor productivo, como máquina, como expresión social, como instrumento de placer.

En el discurso médico, por ejemplo, el cuerpo aparece como una unidad funcional, un sustrato orgánico, que es sano o enfermo, despojado de subjetividades o matices. Es objeto de estudio, diagnóstico y tratamiento. Para el psicoanálisis, en cambio, el cuerpo es una construcción subjetiva, una cadena de representaciones. No importa ya el cuerpo biológico, orgánico, sino el cuerpo en tanto asociación de representaciones, cadena significativa. El cuerpo habla en el síntoma, habla del sujeto.

Desde la antropología, por otra parte, se ha subrayado el análisis del cuerpo como conjunto de prácticas sociales y disciplinas corporales. El cuerpo en tanto producto social, proviene de la conjunción de diferentes mediaciones: fundamentalmente hábitos de consumo y condiciones de trabajo, brindando a su vez categorías de percepción y clasificación, relacionados a la distribución de bienes simbólicos y materiales entre las clases sociales, la perspectiva del cuerpo como sistema de signos, vehículo de significados y símbolos, en donde el cuerpo aparece como una fuente de metáforas sobre la organización de la sociedad y los enfoques semióticos del cuerpo.

Para Foucault, filósofo, sociólogo, historiador y psicólogo, el cuerpo oficia de texto para que la realidad social se escriba. Pero los cuerpos no sólo son la materia prima donde se inscribe o asienta el orden social, al disciplinarlos, sino uno de los recursos que lo puntualizan, expresan y reproducen. *“El sujeto se forma a partir de una serie de procesos y sistemas que no responden a una naturaleza originaria de la subjetividad, sino que obedecen a condiciones históricas, políticas y sociales”* (Castro Orellana, 2008). Y en la actual sociedad de consumo, existen prácticas discursivas muy ligadas a la estimulación de la belleza física y al consumo como fines en sí mismos.

El cuerpo se consagraría de este modo como el espacio donde se traman las relaciones sociales en términos de construcción histórica; *“El cuerpo humano es, como sabemos, una fuerza de producción, pero el cuerpo no existe tal cual, como un artículo biológico o como un material. El cuerpo humano existe en y a través de un sistema político. El poder político proporciona cierto espacio al individuo: un espacio donde comportarse, donde adoptar una postura particular, sentarse de una determinada forma o trabajar continuamente”* (Foucault, 1999). De allí surge el término de ‘biopoder’, acuñado por Foucault para referirse a la práctica de los estados modernos de explotar numerosas y diversas técnicas para subyugar los cuerpos y controlar la población. Resulta imprescindible entonces visualizar que existe una forma de ejercicio del poder que tiene por objeto los cuerpos y por objetivo su normalización. Foucault la denomina ‘disciplina’, que no es más que la tecnología que obliga a la homogeneidad

anulando todo aquello que se escape de la norma. Por tanto, la disciplina busca fiscalizar y controlar la conducta, sus comportamientos, sus aptitudes, sus preferencias, a través de diferentes formas. A estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es a lo que se puede llamar ‘disciplinas’.

Ahora bien, como lo esboza Foucault, la disciplina es una tecnología que no puede identificarse claramente ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de ejercicio del poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de niveles de aplicación, es una “física” o una “anatomía” del poder. Así, evocando el concepto de *biopoder*, vemos cómo esta modalidad es aprovechada como tipo de poder para guiar a los cuerpos, para introducirse en lo más íntimo, inculcándonos una manera de actuar y de pensar, siendo así que se perciben influencias tanto negativas como positivas. En estas sociedades de control/seguridad la opresión no opera simplemente a través de actos abiertos de prohibición, sino que lo hace subrepticamente, como agente encubierto productor de, en palabras de Butler, *“sujetos viables e inviables”*.

El surgimiento del biopoder trajo consigo consecuencias, como un desplazamiento en importancia de la norma a expensas de la ley, pues un poder que tiene como objetivo gestionar la vida necesita mecanismos permanentes y reguladores. Un poder así más que desplegar prohibiciones y represiones, necesita clasificar, medir, jerarquizar y excluir, teniendo como parámetro la norma, es decir, estableciendo estrategias de normalización.

Para que estos discursos y fuerzas operen no sólo se necesita de instancias y sujetos que creen estas subjetividades, que disciplinen y normalicen, sino que también se debe vigilar que así sea. De esta manera, existe todo un saber, todo un sostén de antecedentes, toda una analítica respecto de las preferencias, gustos y tendencias de las personas.

Las relaciones de poder y la mirada operan aquí no sólo disciplinando y normalizando a la población, sino que también haciéndose tan vigilante como en el *panoptismo* carcelario, en donde los sujetos llegan a vigilarse a sí mismos y a los demás; reproducen el patrón que se les ha entregado. *“El individuo se convierte en la fuente de su propio sometimiento. Nada puede ser más rentable como tecnología política de los cuerpos que esta incorporación individual de la vigilancia”* (Castro Orellana, 2008). Una vez implantada la efectividad y presencia de la observación, es el propio sujeto el que se auto-vigila, se auto-castiga, se auto-reprime, se auto-controla.

El sujeto consumidor de estas sociedades vive a régimen del mismo modo que vive en un estado de deuda permanente. El alma ya no es fuente de preocupaciones: por lo menos desde el pasado siglo, las redes del poder pasan por el cuerpo y la salud. En estas sociedades de control (Deleuze) o seguridad (Foucault) hay un imperativo de la vida saludable que obliga a cuidarse, mejorarse y ejercitarse para encajar (eso significa el *fitness*).

Todo en pos de una presencia digna de ser vista, elogiada y apreciada en términos de mercado.

Queda claro que nos enfrentamos diariamente a dispositivos de poder y técnicas de producción del cuerpo y de la subjetividad que están ligados a diferentes paradigmas epistemológicos. Paradigmas entre los que se producen tensiones y conflictos, pero entre los que también se establecen solapamientos de diversa índole y relaciones de alianza estratégica. Por ello, según Paul Preciado, es fundamental hacer una *“genealogía política del cuerpo”* que nos permita conocer y comprender cuáles y cómo han sido los procesos de construcción de las ‘ficciones políticas’ - la identidad sexual, el género, la clase social, la raza - que nos conforman y constituyen. Ficciones que son somáticas, es decir, que toman la forma de la vida, y que en ciertos casos pueden ser deconstruidas y reconstruidas a través de diversas estrategias de resistencia y subversión crítica.

“Nuestro cuerpo”, dice Preciado (2011), *“no es naturaleza sino ‘somateca’, un archivo viviente político de lenguajes y técnicas, un lugar en el que se producen conflictos somatopolíticos intensísimos, lo que hace que sea prácticamente imposible que pueda existir un cuerpo plenamente sano y feliz, un cuerpo que realmente funcione como un todo homogéneo y sin fisuras”*.

Cuerpos gordos

Uno de los principales discursos del dispositivo de corporalidad actual es el de la obesidad: el poder/saber médico ha patologizado la gordura del mismo modo que lo ha hecho con otras diversidades corporales. Así, se considera todo tipo de gordura como un riesgo médico en sí mismo cuando hay evidencia científica de que no es tan simple la ecuación.

Las narrativas médicas que rodean la “epidemia de obesidad” han generado tanto temor ante la gordura que han penetrado en la conciencia colectiva occidental, y estas preocupaciones se han manifestado en la forma de pánico moral. La medicalización de la gordura a través de la creación de la enfermedad de la ‘obesidad’ ha implicado necesariamente una combinación de las narrativas e imperativos médico hegemónicos y las formaciones discursivas histórico-culturales de la gordura como una falta moral y como una afrenta estética.

“La gordura, para esta cultura del hambre conscientemente administrado, es un símbolo de abandono, de falta de conducta, de poca acción, de enfermedad, de fracaso, de trauma, de cero sexo y de falta de deseo. Es la antítesis del éxito, en tanto beneficio privado a quienes responden a un modelo de cuerpo ejemplo: delgado, fuerte, vigoroso y ágil”, señala Gavrila (2017).

Todos los discursos que circulan alrededor de la gordura y la (re) producen como una patología se han subsumido en, y absorbido por, narrativas médicas dominantes. El discurso médico-moral ha influido en la comprensión popular de la gordura como una amenaza a la salud, dando paso a profundas preocupaciones e inquietudes sociales sobre la apariencia ‘normal y normativa’. Específicamente, pienso en las construcciones de la responsa-

bilidad individual que son evidentes en las narrativas médicos y discursos acerca de la obesidad.

Sin embargo, dichas narrativas médicas dominantes no son azarosas. En *El Nacimiento de la Clínica* (1963), Foucault señala el estado politizado de la medicina, en tanto la práctica médica se convierte en un brazo del gobierno estatal, un modo de escrutinio sin precedentes, de control y regulación.

Este dispositivo de corporalidad actual se vuelve locuaz a través del imperativo de la salud, la apariencia o el bienestar. Y lo que se produce no serán ya los cuerpos dóciles de la era industrial, sino cuerpos siempre disponibles, regimentados, en un estado permanente de alerta, ansiedad y avidez. Si bien no hay un cuerpo “normal” como modelo ideal homogéneo (la exigencia de la normalidad es una demanda imposible), bajo este régimen sí hay variables que nos acercan o alejan del objetivo de encajar en patrones corporales: la gordura es, indudablemente, una variable a ajustar (individual) y una variable de ajuste (social). (Contrera y Cuello, 2016)

La gordura, hoy definida como una epidemia de alcance mundial, es un punto nodal del cruce entre el imperativo de salud y las técnicas de perfeccionamiento del cuerpo o cuidado de sí (ejercicio, dieta, tratamientos estéticos, cosméticos y quirúrgicos). Pero la gordura no es como cualquier otra enfermedad: se la asocia al modo de vida nocivo de seres sin voluntad que eligen, por defecto, el sedentarismo y la mala calidad alimentaria. Se transforma en un índice de falta de autocontrol (un valor del mercado como la eficiencia, la competitividad o la “buena presencia”), por eso se la asocia al fracaso social. En palabras de Laura Contrera, filósofa y activista gorda, *“Gordx no alude solamente al peso corporal que porte alguien, sino que implica encarnar muchas otras cosas negativas. Así, ser gordx es también ser feo, indeseable, poco saludable, flojo, amorfo, lento, sin gracia.”*

Esta presión por poseer atractivo físico, por mantener la figura delgada, así como por ajustarse a las normas estéticas vigentes, ha desempeñado un papel protagónico en el desarrollo de, por ejemplo, los denominados Trastornos de la Conducta Alimentaria (TCA). Los especialistas reparan en que cuando personas con problemas de TCA exponen estar gordas o gordos, delimitan también el sentirse no suficientemente buenos para ser aceptados, se conciben desagradables, incompetentes, feos. No es de extrañar que bajo la gran presión social por la estética, el que no se ajusta a los cánones resulte excluido o, incluso, señalado como culpable de su propia exclusión.

En esta línea también aparece el uso insultante de la gordura. El insulto es una manera de estigmatizar y humillar, eso es sabido. Pero la operatoria reiterada de la ofensa hiriente nos ata a una historia que nos precede y que no elegimos del todo, puesto que la injuria es el sedimento de las intrincadas elaboraciones del sexismo, racismo y la fobia a las corporalidades disidentes, gordura incluida. Dice Butler que estos nombres injuriosos *no deben mantenerse en el dominio de lo indecible: así preservan*

su potencial hiriente.

Y en un siguiente peldaño de la pendiente segregadora y excluyente de las corporalidades hegemónicas nos encontramos con la gordofobia.

La gordofobia no es meramente una experiencia traumática y dolorosa de cada una de las biografías existenciales que la vivencia, sino una compleja matriz de opresión que involucra una multiplicidad de aparatos de control biopolíticos que tienen por objetivo la eliminación material de las corporalidades gordas, ya que son entendidas como una enfermedad de escala global que pone en riesgo o empeora la calidad de vida de la población, deformando el propio límite del cuerpo a causa de un consumo excesivo de alimentos.

Estos mecanismos de control y producción normada de los cuerpos logran hacerse efectivos mediante el despliegue permanente de violencia psicológica y emocional, vueltas carne por una trama de tecnologías semiótico-políticas que invaden, torturan y hostigan de manera incesante nuestras subjetividades, afectando nuestros modos de vida.

La gordofobia actúa materialmente en el ordenamiento de los sistemas socio-culturales de cada región y punto del mundo a través de situaciones que involucran exclusión social, estigmatización sexual, desvalorización afectiva, injusticia económica y laboral, cuadros de estrés y ansiedad social, fuertes depresiones a causa del aislamiento, el despojo y a vergüenza que produce la criminalización, la estigmatización y patologización en la opinión pública de los cuerpos gordos, a los que debemos sumar la violencia física, verbal y psicológica dispuestas como herramientas de orden público para la corrección de la desobediencia que suponen las gorduras.

“Las personas gordas experimentamos desde el primer momento en que nuestro cuerpo excede lo visible permitido, desde que transgredimos aquella porción reducida y previamente permitida del espacio, la injuria y el recordatorio constante sobre la transgresión cometida”, dice Nicolás Cuello, profesor de Historia y activista gordo (2016).

A modo de cierre

Este escrito gira entonces en torno a los cuerpos, cuerpos inscritos en los tiempos de la hipermodernidad (entendida como la época, entre muchas otras cosas, de la cultura del Yo, del narcisismo desbocado, de la medicalización de la vida y, cómo no, la época del imperio del cuerpo y su mercado), en donde se busca disciplinarlos a través de diferentes mecanismos coercitivos y persuasivos, utilizando instrumentos, gubernamentales y privados, que permitan instalarles ideales de moda, alimentación y, sobre todo, salud. Dichos mecanismos de poder, control, vigilancia y disciplina sobre el cuerpo de los sujetos y sobre el cuerpo social, fabrican un cuerpo dócil. Es decir, un cuerpo que puede ser sometido, utilizado, transformado y perfeccionado, lo cual implica además, una coerción constante.

El imaginario que prima actualmente subordina el cuerpo a la

voluntad por encima del deseo; esta contradicción entre el rigor de las disciplinas corporales (básicamente dieta y ejercicios) y el hedonismo de la liberación del cuerpo y los sentidos, convierte al sujeto en un administrador de diversas dosis de ascetismo y placer. Menciona Baudillard (2009) que *“los desfases entre el modelo corporal cultural y el cuerpo real de cada individuo concreto serán, forzosamente, fuente de malestar, de ansiedad”*.

Esta rigidez de los cánones estéticos que impone la cultura occidental de la imagen, supone para las personas una batalla contra el tiempo para conseguir ser aceptadas socialmente, generando inseguridades y falta de aceptación del propio cuerpo. Las probabilidades de sentirse incómodo en el cuerpo de uno son tanto más fuertes en la medida que es mayor la desproporción entre el cuerpo socialmente exigido y la relación práctica con el cuerpo que imponen las miradas y las reacciones de los demás (Bourdieu, 1986).

Sin duda, en este contexto, resulta muy complicado generar agenciamientos críticos, producir un cuerpo capaz de resistir a las distintas lógicas de cercamiento y control que se le imponen. Pero es necesario.

Es necesario atentar contra la matriz que nos organiza corporalmente. Desnudar el artefacto que nos construye en tanto cuerpos, en tanto territorios donde se inscriben lecturas. Es necesario desafiar esas lecturas y crear, imaginar, fantasear, inventar nuevos relatos, nuevas miradas. Porque la vista es un aparato de producción corporal, dice Valeria Flores, y *hay modos de mirar que fabrican cuerpos*.

¿Cómo podemos enfrentar estas lógicas que se multiplican en todos los espacios que habitamos? ¿Por qué alimentarnos de tal o cual manera nos condiciona dentro de ciertos juicios sobre los cuerpos? ¿Por qué incluso las personas dentro de la norma viven con un estado de alerta constante respecto de estar y permanecer o no en la normatividad corporal?

Habitar el cuerpo es una forma de pensarnos en relación con el mundo, con los otros, pero elegir la religión de los cuerpos normados implica sacrificar a unos en nombre de esa salud, esa belleza, ese deseo que es funcional a ciertas lógicas de mercado y consumo. Decidir obviar las multiplicidades corporales, afirmando ciertos estereotipos implica silenciar una y otra vez a la heterogeneidad de nuestros cuerpos. Pero sobre todo es dejar que se nos imponga desde afuera una forma de pensarnos y habitarnos con y en nuestros cuerpos, y desafiar las lógicas que nos traspasan a fin de poder habitar nuestros cuerpos con nuevas perspectivas que incluyan la diversidad corporal.

BIBLIOGRAFÍA

- Amigo, I. (2002). *La delgadez imposible. La lucha contra la imposición de la imagen*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- Biber, A. (2002). *Cuando no se acepta el propio cuerpo*. Barcelona: Ed. FAPA.

- Casas, Casas, G., Contreras, A., Rodriguez, D. (2013). *El cuerpo, hipermodernidad y medicina*. Revista de medicina e investigación vol. 1, p. 95-98.
- Cano, V. (Comp.) (2018). *Nadie viene sin un mundo*. Buenos Aires: Ed. Madreselva.
- Castro Orellana, R. (2008). *Foucault y el cuidado de la libertad*. Santiago de Chile: Ed. LOM.
- Contrera, L. y Cuello, N. (2016). *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires: Ed. Madreselva.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y Castigar*. Nacimiento de la prisión. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1988). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Ed. Alianza.
- Foucault, M. (2008). *Nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collège de Francia (1978-1979). Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Murray, S. (2008). *Pathologizing "Fatness": Medical Authority and Popular Culture*. *Sociology of Sport Journal* vol. 25, p. 7-21.
- Preciado, B. (2011). *Cuerpo impropio. Guía de modelos somatopolíticos y de sus posibles usos desviados*. Universidad Internacional de Andalucía. Sevilla, España.
- Porzecanski, T. (Comp.) (2008). *El cuerpo y sus espejos. Estudios antropológicos culturales*. Uruguay: Ed. Planeta. Montevideo.